
SEAL·OF·THE·UNIVERSITY·OF·CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
·1868·

DISCURSO DE ORDEN

PRONUNCIADO POR ANGEL CARNEVALI MONREAL

EN LA VELADA QUE LA

SOCIEDAD "HONOR A PEREZ BONALDE"

CELEBRÓ EN LA VICTORIA EL 21 DE ABRIL DE 1901



CARACAS

TIP. HERRERA IRIGOYEN & CA.

1901

SEÑOR PRESIDENTE DEL ESTADO: SEÑORAS Y SEÑORITAS:

SEÑORES!



AMOS á convenir previamente en que hay mandatos tan de suyo halagadores, tan singularmente honrosos para el llamado á ejecutarlos, que, ejerciendo en el espíritu de éste influencias tentadoras, no dejan lugar á las excusas y obligan de propia virtud por manera imperiosa é ineludible.

Mal pudiera yo, en efecto, haberme eximido de llevar la palabra de orden en esta hermosa festividad, cuando, por una parte, la nobleza del propósito insinúa sugestivamente anhelos de servirlo con todas las potencias del corazón y del alma; y cuando por la otra, la elección del orador es galantería y

merced de personas que así ofician por derecho propio en el máximo altar de las letras, como saben reforzar sus exigencias con invocaciones á la simpática comunión del Ideal, linaje de encarecimiento que predispone desde luégo á la obediencia por sobre toda consideración de accidentes personales.

Señores: Yo no he podido averiguar á punto fijo, ni en renombrados autores, ni de labios experimentados y discretos, por qué algunos seres, ricos en prendas de las que más valen en el alto comercio de la vida, aquilatados en el fuego que mejor consagra para brillar con méritos intrínsecos, resultan no obstante, como por temeraria y menguadísima excepción, condenados al menosprecio de sus dones y virtudes, justamente cuando los unos y las otras debieran ser, al par que regalo y maravilla de la gente contemporánea, alta prez ocasionada á valimientos y recompensas envidiables.

Aún pudiera admitirse que en los casos de Camoens, Milton y Cervantes, la inspiración trascendental ó el espíritu revolucionario de sus obras, por adelantados á la época y al medio, carecieran de virtud actual para rendir los ánimos á la admiración devota, á la adhesión solícita, á esa forma del sentimiento que tanto dice al amor humano cuan-

to al orgullo nacional, puesto que suele sacar de ambos, ora canastillos rebosantes de adelantadas primicias, ora escabel luminoso de temprana inmortalidad. La excusa es apenas tolerable, pero siquiera se conforma de algún modo con la esencia original de los fenómenos. Mas si bajamos de aquellas resplandecientes alturas, mansión de águilas caudales que nos fingen á la inversa el suplicio de Prometeo, encontramos que, como tardía incubación de aciago y miserable germen, la historia de los infortunios inexplicables continúa repitiéndose al través del tiempo y del espacio, y con circunstancias agravantes; porque ahora, cuando la razón manda y el espíritu reina, cuando todo albor de pensamiento encuentra siempre quien lo salude en la cima como á Mesías esperado, ahora sí es mengua que un ingenio superior trabaje á plena luz, y se quede inadvertido; que ensaye vuelos de cóndor ó de alondra, y tenga que abatirlos, porque le tiran de la tierra al corazón ó á las alas; que derrame las flores de su alma en el sendero á cada golpe de la propia ó de la ajena suerte, como el sándalo herido por el hacha sus balsámicos alientos, sin que haya manos prontas á recogerlas, siquiera para tejer con ellas mismas, ya que no con hojas del lau-

rel clásico y propicio, la corona del apóstol, ó la ofrenda que suele consagrarse en homenaje de amor y de justicia á los varones eminentes.

Podrá dolernos mucho, pero hay que decirlo sin ambajes, sin arrimarle celosías á la verdad, porque ésta no es dama de equívoco pudor y malicioso recato, sino deidad castísima que se ufana en poner al sol sus desnudeces, para que á un tiempo sean, ya espejo de supremas é inviolables hermosuras, ya motivo de sonrojo abrumador en las conciencias culpadas por alguna suerte de ignominias. El pecado que se oculta adrede resulta aún más monstruoso, pues con ello da á entender que fue consciente y voluntario; mientras que si se confiesa ingenuamente en horas no pasadas de satisfacción y de remedio, el agua lustral estará siempre allí como al llover, mucho más pronta al milagro redentor ó á la ingente misericordia del olvido.

Sí, señores; confesemos llanamente, con llaneza de hombres justos, con acuerdo de gente reflexiva, que, ya sea por remotas afinidades de un fatal é inexcrutado designio psicológico, ya sea por causa de los propios vicios domésticos que han deprimido nuestro carácter y retardado el proceso de nues-

tra civilización, tenemos pendientes, como tristes herencias por liquidar, saldos de afecto y de honra para con más de un venezolano conspícuo y benemérito, para con insignes ciudadanos que, mientras eran escarnio del bizantinismo imperante, ellos sustentaban dentro y fuera de las lindes de la Patria, el glorioso blasón de ésta con alientos de extrema virtud civil é intelectual, con el motor excelso que les pusiera Dios en el alma, como para que supieran decir á propias y extrañas gentes, que la tierra de tales hombres, que la madre de tales hijos, podrá extraviar las vías y equivocar los medios de franquear el porvenir sin sacrificios ni dolores, pero tendrá siempre quien le encienda una antorcha en el camino y quien le muestre en el confín del horizonte, como el gran legislador á la turba israelita, los sugestivos lineamientos del paraje ideal, de la montaña simbólica en cuya cima no habrá de tener ocaso ni eclipses el sol de paz, de amor y de justicia que prepara en los senos del tiempo, la concordia fraternal de los hombres, la estrecha fusión de las razas y la suprema cultura de los pueblos.

En otra edad y en otro ambiente, quizá en la misma Atenas de la Academia y del Agora, Cecilio Acosta habría tenido discípulos

amantes y posteridad reconocida, comenzada para él á la vera misma del sepulcro; y en la Roma de Augusto y Marco Aurelio, una tumba en el Panteón con magnífico epitafio.

Pero aquí, aquí...... bajo este cielo que aquel grande espíritu cruzó con alas de ave olímpica y de ángel peregrino; aquí, donde con las hermosas galas de aquel verbo bien pudiéramos hacer algo semejante á manto de púrpura y armiño para los augustos hombros de la Patria; aquí...... maldito si no se suman con los dedos de la mano los que dicen cosa buena del ingenio esclarecido y recuentan con sentida vanagloria sus obras, sus virtudes y sus méritos; maldito si no es apenas una cruz irregular ó algún montón informe de piedras y ladrillos, lo que reza en la necrópolis: ¡aquí está Cecilio Acosta!; maldito si, movida su ánima á penetrar en el recinto de los muertos consagrados, quizá para entonarle una salve de las suyas al redentor de medio mundo...... maldito si un sargentón de mala traza, sintiendo acaso que el pedestal le bambolea, no la emprende á denuestos de motín con la cándida y gloriosa aparición!......

Suerte análoga, de idénticos azares y miserias, ó como si dijéramos, vida de pájaro del trópico en plena región ártica, fueron la

suerte y la vida de aquella otra eminente personalidad venezolana que se llamó Juan Antonio Pérez Bonalde.

Al igual de Bello, García de Quevedo, Baralt, Juan Vicente Camacho y Miguel Sánchez Pesquera, quizá pensó un día que pudiera haber en otras latitudes más aire para su pecho de cantor perínclito, algún estímulo y mayores alientos en el trato de otras gentes para sus ideales de artista bohemio y renegado. Pero guió rumbo al norte, como si el azar fuera brújula, y cualquier playa extranjera puerto amigo de las aves migratorias. Seguramente no hizo cuenta de que el ambiente y la raza determinan necesidades perentorias é invariables en los caracteres ya pasados por la última crisis evolutiva; y de ahí que, en cierto modo al menos, resultara doblemente exótico allá, por la influencia indígena y por lo inmaleable de su espíritu con aquellas formas y tendencias del trabajo y de la vida. Los poetas idos antes, ó buscaron sombra y protección arrimándose al viejo árbol primitivo, ó no traspusieron el círculo de las afinidades étnicas é históricas propiamente dichas, pues colgaron sus tiendas bajo el mismo cielo tórrido y azul, hasta para no echar de menos sus auroras y crepúsculos. Y esto así, los más de ellos se que-

daron como en casa, pero no yá ignorados y abatidos, sinó puestos de relieve en proscenio descampado, más abierto á las nobles ansias del espíritu y vibrante á cada explosión de notas y de luz, con rumor de palmas frescas ó de aplauso espontáneo y lisonjero.

Eter puró, cielo y sol ecuatorial eran elementos indispensables á la expansión del temperamento artístico de Pérez Bonalde, temperamento encendido en el fuego de una soberbia y constante inspiración. No concebimos las grandes almas rebeldes sino respirando emanaciones de cráter ígneo, ni al ave reina de los Andes como no sea de risco en risco llenándose los pulmones de soplos de ventisquero.

En Venezuela ¿quién le pica puntos á Pérez Bonalde como poeta soberanamente lírico? En él había algo de Píndaro y Horacio, y mucho de Dante y Víctor Hugo. Cuando la fe piadosa le calentaba el pecho, y el pájaro azul de la ilusión le trinaba al oído romances del cielo y de la gloria, sus cantos parecían salves ó himnos. Aquella fe resplandecía en el fondo de las estrofas como la estrella en el remanso límpido, ó como la luz de un foco eléctrico en las facetas del diamante. Después...... la duda se le posó en la frente cual el buho de Edgard Poe sobre el busto leyen-

dario; y entonces, ora en volteriana actitud ante "el Dios de Luzbel y Prometeo," ora ardiendo en vehemencias inauditas de encarársele al misterio y á la sombra, espació el numen flamígero é insurrecto hasta rayar con él en lo más alto del apóstrofe al destino implacablemente adverso. En prosa tersa y verso fúlgido corren deshojadas por allí, casi sin que nadie haya parado en ellas la atención, las rojas margaritas de sus reveses de alma contra el santuario y el ídolo. Dijérase que, en la heroica rebelión de aquella musa contra él ambiente que la fatalidad le deparaba, hacía por incendiarlo en llamaradas de extraña luz, bien así como si el genio de la tempestad, llegando con apresurado aliento hasta la enrarecida atmósfera del polo, hiciera parpadear tórridas fosforescencias en el seno mismo de las auroras boreales.

Seguramente fue durante aquel estado de alma cuando se dió á trasponer en hermoso verso castellano las geniales rimas de Heine y el poema no menos genial de Poe. Con las unas hizo algo que pudiéramos decir maravilloso joyel de perlas y topacios, casi todo rubio y etéreo, que ni burbujas de champagne; y vació el otro en soberbio estuche de azabache con incrustaciones de ópalo y rubí. De tales obras dicen que son maestras los que

pueden apreciarlas; y á mí me ocurre que debió presidir á la magistral conversión de ritmos y de imágenes, cierta compenetración de caracteres y modalidades íntimas, en el fondo de la cámara obscura en que á veces se abrazan y se confunden, á poder de irresistibles atracciones, las almas gemelas por el dolor ó por evidentes analogías de visión y de concepto acerca del sér y de las cosas.

En el canto á los Heroes del Deber, Pérez Bonalde ofició de pontifical, con todos los regalos de su opulenta fantasía; y puso el ditirambo egregio en alturas próximas al sol, tal vez por ver si allá se fundía en flores áureas para coronas del holocausto gloriosísimo, ó se resolvía en lluvia de luz celestial, que iluminara más aún la ruta siempre antigua y siempre nueva, aquella que se bifurca, señores, en agrias sendas derechas al Calvario, á la Rábida, á las mazmorras de Cádiz, á San Pedro Alejandrino y á las remotas extremidades del planeta, tras la visión fugitiva de algún ideal generoso y providente.

Señores: ¿quién de vosotros sabe lo que es nostalgia, por haberla sentido en horas tristes, muy tristes, como todas las que discurren, sin que podamos remediarlo, lejos, muy lejos del hogar y de la luz que nos besó

al nacer? ¡Ah! como ésa, no hay otra pesadumbre en la numerosa especie del sufrimiento insomne y visionario. La hospitalidad extranjera no pasa de ser una amarga irrisión para los espíritus enamorados de su casa y de su tierra. Nunca como en la ausencia de ambas fue tan eminentemente psicológica la facultad de los recuerdos. Estos son entonces los mejores, si no los únicos amigos. Nada ni nadie consuela como ellos cuando el alma parece que se nos va á revolotear por las montañas y los parajes queridos: con la visión del hogar, que se nos finge exactamente, sonreído,, insinuante, á manera de faro bienhechor en la vaga lejanía; con la visión de los amados viejecitos, de la angustiada compañera, del pimpollo medio huérfano, del hermano ó de la novia, en actitud de bendecirnos, ó de colgársenos al cuello como relicario palpitante, ó de cogernos de la mano para ir juntos por la senda que da al huerto, á la pradera ó á la casa del vecino; con la visión de aquellas frondas, de aquellas aves y de aquellas fuentes, que enantes nos regalaban con sus fragancias y harmonías; con la visión, en fin, de cuanto ha vivido y vive en nosotros á tales horas, como nosotros en lo infinito, asimilado, absorbido, consubstanciado, en estrecha comunión de pasado, pre-

sente y porvenir; comunión que á veces es, como idilio de inefables remembranzas y anhelos inextinguibles, y á veces es, como ensayo de enfermas voces místicas concertando el doliente miserere de la vida.

Pues bien, señores; cuando se ha pasado por la prueba de esa tenaz y melancólica obsesión; cuando al cabo de tanto ver pasar horas como siglos bajo un cielo que no puede calentarnos, á la sombra de aleros donde ni siquiera anidan y cantan golondrinas emigradas, que sepan de nuestro país y al cantar nos digan algo del matorral, de la ermita, del río, ó de cualquier sitio que haya tenido algo de común y familiar con su vida y con la nuestra; cuando á las últimas de esa soledad incomparable, de ese aislamiento sin igual, llega por fin la suspirada hora del regreso, y al romper de una festiva mañana, ó al caer de una tarde siempre hermosa, comienzan á surgir del horizonte, primero los altivos centinelas de la Patria, como saludándonos con sus turbantes de nubes; luégo, los peñascos y hondonadas, que nos dan la bienvenida en el salvaje rumor de sus torrentes; después, los huertos y las casas, deleite á nuestros ojos cual si fuesen maravillas; y á la postre ......¡ ah señores! la alegría que entonces no nos cabe yá dentro del pecho, llega

al modo de ola diáfana coronada de flores y de luz, á empaparnos el alma blandamente, á saturarnos de las esencias criollas que tanto echábamos de menos, á refrescarnos con auras de juventud y de esperanza, á borrar injurias del tiempo ó de la suerte, y á templar en las manos del poeta regocijado, la lira de los conciertos inmortales, aquella como de oro y marfil que pulsara un día el peregrino cantor, pára hechizar corazones con ese himno que acaban de recitar aquí labios vírgenes, prestándole mayores atractivos, y que será, mientras lo bello tenga culto y sacerdocio amartelado, gloria excelsa de su autor y presea meritísima del ingenio nacional.

Señores: He debido insinuar antes que esta pobre oración mía no puede ser ni con mucho el panegírico del gran poeta. Tal obra será esfuerzo de docta intelectualidad el día de la próxima apoteosis. Entonces, sobre el elogio brillante y merecido, se hará la concienzuda apreciación de la obra poética de Pérez Bonalde, y se dirá también cuáles fueron sus influencias, si es que propiamente tuvo algunas, en el carácter, tendencias y desenvolvimiento de la literatura nacional contemporánea. Yo, desconfiado de mis fuerzas, falto de tiempo y aun del reposo necesario al estudio, y temeroso por consiguiente

de incurrir en lastimosos desaciertos, creo haber hecho cuanto más podía: invocar respetuosamente el nombre benemérito, reseñar en frase rápida y casi abstracta los accidentes culminantes de su azarosa existencia, y traer de igual suerte á la memoria lo más selecto de su notable labor artística. Cada cual da lo que tiene ó lo que puede, y no se le debe pedir más.

Bien hayan, señores, los que han promovido el nobilísimo loor á que responde esta velada. Algunas veces, amanece tarde el día de la justicia, pero amanece, y derrama en las penumbras luz amable y bienhechora. Cuando el insigne bardo bohemio se arrebujó en el negro manto de la partida sin retorno, quizás no se hizo otra ilusión sino la de reposar allí eternamente arrullado á un tiempo por el indígena rumor de los cocales, y por el estrépito contínuo de las olas que se rompen contra el bajo peñón de la ribera. Almas justas, devotas del arte y de la gloria, van á mudarle en procesión triunfal, no al Panteón precisamente, porque allá.....aún es estrecho el campo á la celebridad fetichista y tumultuaria, pero sí á un rincón más frecuentado, donde el sugestivo honor del mausoleo incite al homenaje de la palma y de la flor, ó siquiera al tributo del recuerdo y la plegaria.

Bien hayan también los que aquí, con patriotismo ingenuo y noble emulación de seres comulgados con la hostia del sublime culto, han vencido la apatía y la indiferencia del medio hasta resultar cumplidos y aun esforzados en la ejecución del gran deber. Como para que en la propia bondad del éxito les fuese dado hallar motivo extraordinario de satisfacción y complacencia, suya ha sido la dicha singular de verse asistidos y alentados por la entidad humana más propicia al florecimiento de toda idea levantada, á la consagración de toda virtud, al premio de toda obra excelente y meritoria.

Me refiero á la mujer, señores, de cuyas manos y de cuyo aliento tenemos aquí prendas de simpático brillo, y soplos como de fronda exuberante.

Manantial inexhausto de piedad y benéficos instintos es el corazón de la mujer, y mal podía élla faltar á este concurso, imaginado y llevado á término con miras de arrebatar una gloriosa presa al olvido, sin que el acto resultara pobre de hechizos exteriores y menesteroso del incienso casi augusto que exhala el alma femenil donde quiera que comparte con el hombre magnánimos empeños, obras de amor, de redención ó de justicia.

Muy de tarde en tarde, pero siempre con éxito insinuante y lisonjero, revientan en el mezquino campo concedido á la actividad de la mujer por estas sociedades incipientes, exquisitos brotes, yemas fragantes que denotan lo que la luz en el astro, lo que el aroma en la flor, lo que la idea en los dominios del espíritu: una virtualidad congénita que, puesta al servicio del Arte y por el Arte mismo cultivada con interés amante y solícito, bien pudiera determinar en los ardientes senos del espiritualismo harmonioso, la condensación de una nebulosa ideal, que fuese al cabo núcleo espléndido de apacibles astros nuevos con órbita inmensa y sin ocaso.

No ya sólo por vehemente inducción biológica, sino también por experiencias incontestables, está consagrado el principio de que en la célula cerebral de la mujer las sensaciones vibran con más sonora intensidad, puesto que el sentimiento y la imaginación, ejes potenciales del mundo psíquico, constituyen los atributos peculiares de su admirable complexión esencialmente afectiva. Por manera, señores, que verdaderamente no se concibe cómo es que á estas alturas de la civilización, aún permanece poco menos que inexplotada aquella riquísima vena de diamante y oro, material selecto para joyas que

acaso compitieran en las hermosas justas del Arte, hasta con aquellas que, al decir de Juan Vicente González, hacen olvidar de puro bellas las tristezas de este mundo.

Permítaseme insistir en algunas otras consideraciones acerca del propio importante asunto, pues en el fondo, ellas se relacionan directamente con la moral objetiva de esta reunión eminentemente saludable y patriótica.

Yo estoy muy lejos de adscribirme al parecer un tanto en boga de que la mujer puede y debe salir á disputarnos en la plaza pública el gobierno civil de la sociedad. No. El concepto primitivo y superior que negó á nuestra abnegada compañera los elementos físicos de que dispone el hombre para la lucha por la existencia, dejó con ello mismo establecido á perpetuidad, que la actividad de la mujer, por mucho que logre multiplicarse y robustecerse, no es para ejercitada fuera del límite que naturalmente le demarcan sus condiciones fisiológicas, en las cuales, mirándolo bien, es en las que propiamente se cifra el secreto de su magia adorable y de su excelso prestigio. Sacarla de allí valdría tanto como tocar á disolución de la familia, y romper la unidad orgánica de la vida social, que consiste especialmente, por

manera importantísima, en la residencia de la mujer dentro del radio doméstico, pues élla y sólo élla, omnisciente sacerdotisa del amor y las virtudes teologales, es la que sabe mantener viva allí la apacible lumbre que esplende del hogar cristiano, á cuyo arrimo es como únicamente se pasan bien, entre consuelos y esperanzas, las obscuras, las tristes noches de nuestra peregrinación en la tierra.

Lo que sí suscribiría yo, pidiéndolo, suplicándolo á los que sancionan códigos, á los que gobiernan pueblos, á los que escriben libros, á los filántropos, á los padres de familia, á la juventud que va de zapadora por los caminos del porvenir, al criterio y á la justicia de la civilización, en suma, es que nos conspiremos todos en el propósito de despejarle el horizonte intelectual á la mujer; que reguemos á manos llenas semilla de ideas en ese campo virgen; que no les recortemos más las alas á esas alondras videntes complaciéndonos en verlas seguir á medio vuelo y fatigadas nuestro rumbo; que las dejemos encumbrarse libremente por las serenas alturas de la Verdad, patria común del pensamiento humano sin distinción de castas ni de sexos; y yá veremos cómo vuelven de allá con la frente bañada

en luz purísima, con el pecho aun más henchido de anhelos generosos, con la voluntad ejercitada en el gimnasio de la Razón, con los sentidos educados en el conocimiento íntimo de la Belleza Suprema; á sugerirnos nuevos modos de hacer el bien, á ofrecernos el inefable pan de alguna otra eucaristía redentora, á calentarnos con el rescoldo de otra fe y de otras esperanzas, á prometernos en el ara, no ya sólo la primicia del holocausto incomparable, sino la perenne conjunción de su alma con la nuestra bajo el palio azul del Ideal; á levantarnos, en fin, de la mísera postración que aún nos afecta de tanto haber vivido condenados por sí propios á servidumbres bizantinas.

Nuestra sociedad ha venido enferma, gravemente enferma de una profunda relajación en sus resortes morales. Día por día hemos perdido la noción del deber, el sentimiento de la dignidad y hasta la visión de los ideales que mantienen el espíritu en el culto de la virtud, guiándole por los caminos del bién. Un movimiento uniforme, vigoroso, enérgico, se hace necesario, absolutamente necesario é indispensable por parte de los elementos útiles é incontaminados. ¿Y por qué no habría de tomar parte la

mujer en esa obra altamente moral y benéfica? ¿No residen por ventura en élla los gérmenes más puros de vitalidad que han podido salvarse en la espantosa subversión del civismo nacional? Es evidente que sí. Pues bien; yo creo más: creo que si la mujer no se hace cargo de sus responsabilidades en la crisis que yá tratamos de conjurar, los hombres corremos mucho riesgo de sucumbir en la demanda, vencidos por el hábito morboso y por la inexorable fatalidad de cosas engendradas en tantos días de culpable decadencia.

Habilitemos, pues, á la mujer, para que pueda ser eficazmente nuestra aliada en la ingentísima lucha á que nos llaman nuestros deberes sociales y patrióticos. Démonos sin tregua, con tesón perseverante, á promover el desarrollo de sus preciosas facultades, á ver si se le facilitan medios de actividad práctica y fecunda; hagamos de su actual pasividad, casi mecánica, una energía consciente, pensadora y reflexiva; estimulemos en élla la noble aspiración al renombre literario y artístico; dotémosla, en síntesis, de elementos de propaganda fáciles á su manejo y adecuados al medio dentro del cual está llamada á desenvolverse. Así, y con las especiales dotes de asimilación que vir-

tualmente la distinguen, yá podrá élla hacer sentir por manera trascendental el vivificante aliento de su corazón magnánimo, las claridades de arrebol primaveral que constituyen el nimbo de su candoroso espíritu, y todo el calor de elevados principios que duerme en su maravilloso cerebro, como la luz prismática en el diamante sin pulir; hasta que concluya por ahí determinando y caracterizando influencias señaladamente beneficiosas en las costumbres públicas y privadas. Yo me atrevo á garantizar que con influencias de esta índole, antes de mucho estaríamos en plena época de superior cultura y ejemplar rehabilitación.

¡Ah! Y si me fuera dado á mí ver asomar ese sol por sobre los amplios horizontes de este jardín venezolano, me alegraría mucho más de sentirme ligado á él por vínculos de simpatía perdurable, y hasta de haber pensado que la mujer aragüeña, como la mujer de mi tierra, parece enviada por Dios al mundo expresamente para hacerle á úno anticipos de la dicha prometida en el cielo á los mortales, puesto que lleva dentro de élla misma, yo no sé si en primorosas ánforas pentélicas, ó en ricos pebeteros de rosa y alabastro, los aromas terrenales que perfuman y hacen grata la existencia!


U.C. BERKEL
C0389